

“Por los grados la tierra demarcando”: una relectura de la geografía poética de *La Araucana*

“Por los grados de la tierra demarcando”: *A New Reading of the Poetic Geography of La Araucana*

EVA VALERO

Depto. de Filología Española, Lingüística General y Teoría de la Literatura
Universidad de Alicante
Carr. San Vicente del Raspeig, s/n. San Vicente del Raspeig, 03690. Alicante
eva.valero@ua.es
Orcid ID 0000-0002-4671-5533

RECIBIDO: 11 DE ENERO DE 2018
ACEPTADO: 17 DE ABRIL DE 2018

Resumen: El estudio de la perspectiva geográfica de *La Araucana*, en conexión con las visiones de la naturaleza, es un tema analizado en trabajos críticos desde diferentes ángulos. Bien sea centrándose en los datos geográficos transformados en geografías épicas, bien fijándose en la archiconocida dualidad de las poetizaciones de la naturaleza (paradisíacas o infernales), dichos estudios vislumbran los procedimientos espaciales e ideológicos con los que *La Araucana* se erige en obra paradigmática para la construcción de la geografía literaria nacida en los textos sobre el descubrimiento. El presente artículo realiza un nuevo desarrollo de dicha visión con el relevante complemento que aporta el “Índice geográfico” creado por José Toribio Medina en su “Edición del Centenario”, en el que se evidencia que Ercilla nombró los más diversos lugares del planeta de modo que Chile, “en la región antártica famosa”, hacía su aparición en el mapamundi que el índice bosqueja.

Palabras clave: Ercilla. *La Araucana*. Chile. Geografía poética.

Abstract: The study of the geographic perspective of *La Araucana*, in connection with the visions of nature, is a subject analyzed in critical works from different angles. Whether focusing on geographic data transmuted into epic geographies, or focusing on the well-known duality in the poetizations of nature (paradisíacal or infernal), these studies envision the spatial and ideological procedures with which *La Araucana* stands as a paradigmatic work for the construction of the literary geography born in the texts about discovery. This article realizes a new development of this vision with the relevant complement provided by the “Geographic Index” created by José Toribio Medina in his “Centennial Edition”, in which it is evident that Ercilla named the most diverse places on the planet so that Chile, “in the famous Antarctic region”, was appearing on the world map that the index draws.

Keywords: Ercilla. *La Araucana*. Chile. Poetic Geography.

Cuando Alonso de Ercilla escribió en el canto XXXVI de la tercera parte de *La Araucana* el verso “por los grados la tierra demarcando”, inserto en el relato del viaje a los últimos territorios de “la región antártica famosa” en la que ubica la “provincia” de Chile, dejó impresa una idea clave para la comprensión de su obra: el acto descubridor de la tierra que se demarcaba era al tiempo acto fundacional en la escritura que lo refleja. Este tópico de los textos del descubrimiento y la conquista es nuevamente un punto idóneo del que partir para el análisis de la geografía poética que atraviesa la obra, si bien es preciso tener en cuenta que en *La Araucana*, además, el tópico de lo fundacional cobra una dimensión más amplia que la meramente espacial para profundizar en la histórica, en el sentido de que la posteridad de Chile (sus historiadores, sus poetas, sus escritores¹ pero también sus ciudadanos) ha otorgado al poema el rotundo carácter fundador de la nación chilena y de su historia (recordemos como ejemplos esenciales las proclamas de Pablo Neruda de “Ercilla, inventor de Chile”, o la de Raúl Zurita, “Chile antes de ser un país fue un poema” [en Pera]).² Y cabe añadir todavía una tercera arista a dicho carácter que la obra condensa: la dimensión fundacional de la épica americana asignada tradicionalmente a *La Araucana*. Con todo, el propósito de este trabajo se centra en el recorte espacial con el que la palabra poética crea un mundo según una lógica topográfica, factor común en las crónicas de Indias –con diferentes matices e intensidades– en un contexto, el del Renacimiento, en el que cobró una especial relevancia el espacio como experiencia construida por la cultura.³

El objetivo, en suma, se ciñe a los modos con los que los datos geográficos concretos –la geografía física– adquieren en el poema la magnitud de espacio vivido, tal y como ha señalado Fernando Aínsa:

El lenguaje, el pensamiento y el arte se fundan en esa ‘conquista interior’ abierta al mundo, ‘espacio mental’ –estructura antropológica del imagi-

-
1. He desarrollado las visiones de un conjunto de escritores chilenos sobre Ercilla, desde el siglo XIX a la actualidad, en Valero.
 2. Para un estudio sobre la relevancia de la geografía en la literatura chilena, desde sus orígenes hasta la obra de Raúl Zurita, ver Olcina Cantos.
 3. Ver Olcina/Valero, monográfico sobre geografía y paisaje en la literatura hispanoamericana y española, así como Bénat-Tachot, monográfico dedicado a la representación espacial en la literatura con este planteamiento introductorio: “¿Qué relaciones existen entre la percepción, la medida, y la representación de los espacios y la escritura de los hombres que en ellos se establecen? ¿Según qué procesos y en qué medida la historia (social, *événementielle*, económica, cultural) nace de la inscripción territorial, la construye, la moldea? ¿Qué relaciones dialécticas se observan entre la historia y la geografía?” (resumen preliminar).

nario, al decir de Gilbert Durand— que principia un espacio vivencial, intuitivo, sensible, íntimo, espacio vivido, ‘espacio que se tiene’, ‘espacio que es’, espacio de la experiencia y la creación. (11)⁴

Es precisamente este espacio “que se es” el generador en *La Araucana* de una auténtica geografía poética, asentada asimismo en una cartografía épica, disciplinas estas (la geografía y la cartografía) presentes tradicionalmente en el género épico, junto a otras como el derecho o el discurso científico (ver Marretero-Fente 13). Asimismo, no debe olvidarse que dicha complementariedad indisoluble entre espacio exterior y espacio vivido —por tanto, interior— tiene en el ámbito histórico, en concreto en el de la historia de América, su correlato. Baste recordar títulos como *Historia natural y moral de las Indias* de José de Acosta, en el que lo físico y lo espiritual se reúnen en una obra cuyas porosidades generan la íntima vinculación entre ambas dimensiones.

Retomando el verso que da título al presente trabajo, “por los grados la tierra demarcando”, reiniciemos la idea para su desarrollo: la palabra poética visualiza en el propio texto el espacio que está en proceso de ser descubierto, como relato de la tierra que se demarca, grado a grado, en el avance de la famosa expedición al sur capitaneada por García Hurtado de Mendoza en busca del estrecho de Magallanes, y que al tiempo se está “demarcando” en el soporte escrito del poema épico.⁵ Esta lógica topográfica se desarrolla en la apertura espacial que condensa la estrofa entera en la que se inserta el verso, con la intensidad de la óptica del testigo de vista, y también del espacio constantemente cambiante que se abre ante los expedicionarios:⁶

Llevábamos el rumbo al sur derecho
la torcida ribera costearo
siguiendo la derrota del Estrecho
por los grados la tierra demarcando:
pero cuanto ganábamos de trecho,
iba el gran archipiélago ensanchando,

4. Como resume Gaston Bachelard: “El espacio captado por la imaginación no puede seguir siendo el espacio indiferente entregado a la medida y a la reflexión del geómetra. Es vivido. Y es vivido, no en su positividad, sino con todas las parcialidades de la imaginación. En particular, atrae casi siempre. Concentra ser en los límites que protege” (17).

5. El relato de la expedición da comienzo en la octava cuarenta y cinco del canto XXXIV hasta la sesenta y seis, continúa en el canto XXXV y concluye en las cuarenta y tres primeras octavas del canto XXXVI. Ver Medina; Morínigo.

6. Cito a partir de la edición de *La Araucana* realizada por Isaías Lerner en Cátedra, 2002.

descubriendo a distancias desviadas
islas en grande número pobladas. (939)

En tanto que lo hallado está en proceso de serlo en el relato del texto, como apunta Sara Dichy, “a diferencia de un mapa de papel, la cartografía poética y narrativa de Ercilla permite integrar la duda, el cambio, el desfase entre el saber y la experiencia; en suma, los blancos del conocimiento vivo” (100).⁷ Obviamente, la idea del espacio como vacío que rellenar con la palabra para dotarlo de significación se concreta primero en el hecho mismo de nombrar las cosas para darles carta de nacimiento, un proceso que aparece de forma explícita en los textos ya sea como acto de nombrar en la propia escritura, ya haciendo referencia al acto de nombrar con que se operó en la esfera de la realidad de la conquista, tal y como aparece al final de estos versos:

Y estos dos anchos mares, que pretenden,
pasando de sus términos, juntarse,
baten las rocas, y sus olas tienden,
mas esles impedido el allegarse;
por esta parte al fin la tierra hienden
y pueden por aquí comunicarse.
Magallanes, Señor, fue el primer hombre
que, abriendo este camino, le dio nombre. (80)

Para referirse a la construcción del espacio vivido en el tiempo de la conquista que la literatura densifica en el texto, o sea, en el espacio estético, Aínsa recuerda la frase de José Lezama Lima en *La expresión americana* (1969), con la que se refirió a la aparición de un “nuevo vivero de imágenes”, que el crítico uruguayo conceptualiza como un conjunto de “lugares posibles [...] para el despliegue de un prodigioso imaginario geográfico”. Este se desarrolló como trasvase del *topos* al *logos*, mediante el cual “se fueron haciendo inteligibles los conceptos y las nociones que permitieron la puesta del Nuevo Mundo en perspectiva y la fundación de una auténtica geopoética latinoamericana” (37). Reiteremos en este sentido, en este marco introductorio, que la naturaleza y la geografía que la representa es un eje primordial en el discurso historiográfico y

7. “Cortar y recortar la realidad, eligiendo las medidas justas –escribe Aínsa–, es tarea de artistas” (43) y “no otra cosa proponen los «recortes» en el paisaje” de autores como Ercilla (43); “Gracias a estos autores la dimensión ontológica del espacio integra la dimensión «topológica» como parte de una comunicación y tránsito natural del exterior al interior y viceversa” (35).

literario hispanoamericano en tanto que en América Latina la geografía es cardinal. A lo que cabe añadir la esencia del ser humano como ser espacial que históricamente se relaciona con el medio marcando límites y fronteras, con el fin de adquirir significación a partir de su ubicación en un punto determinado y contorneado.⁸ Es más, recordemos que los cortes y recortes de ese espacio resultan “claves para definir los modos de integración en ese contexto y establecer parámetros de identidad cultural a partir de los lugares que se han vivido” (Aínsa 39). Por todo ello, los discursos con que se construyó la nueva realidad, atravesados siempre por la dimensión espacial, serían esenciales para pergeñar las nuevas identidades que habrían de surgir de tal proceso histórico; cuestión que será retomada más adelante como idea cardinal para el planteamiento de la fusión de naturaleza, geografía, espacio e identidad en *La Araucana*.

Recordemos, para cerrar esta introducción, la idea que Carlos Fuentes formuló en su discurso de recepción del Premio Cervantes:

Desde la fundación, nosotros nos preguntamos, como el lector de Cervantes, ¿quién es el autor del Nuevo Mundo? ¿Colón, que lo pisó primero, o Vespucio, que primero lo nombró? [...] ¿Y dónde está el Nuevo Mundo? ¿En un lugar de Macondo, de cuyo nombre no quiero acordarme? (77)

En la enumeración de interrogantes cobra especial relevancia la pregunta “¿Y dónde está el Nuevo Mundo?”, que contiene en sí misma la relevancia del concepto espacial en la historia de la literatura hispanoamericana, originario de los textos que relatan el proceso del descubrimiento, cuando los cronistas tratan de dar respuesta a la pregunta expresada por Fuentes, poniendo por escrito sus observaciones, no solo para dar nombre a la realidad sino para aquello que resultaba vital: establecer las coordenadas del lugar. En este sentido, el artículo de Dichy sobre la perspectiva geográfica del canto I es un aporte fundamental que ilumina la perspectiva de análisis propuesta para estas páginas; un punto de partida que permite ampliar la perspectiva, tanto hacia otros fragmentos relevantes de *La Araucana* que aportan más datos sobre ese constante corte espacial de la obra, como hacia el “Índice geográfico” incluido por José Toribio Medina en su *Vida de Ercilla*, uno de los cinco tomos de su conocida Edición del Centenario, publicada entre 1910 y 1918 en la Imprenta Elzeveriana.

8. “En tanto que ser en el mundo, el hombre es un ser espacial y, por lo tanto, fundador de lugares y creador de perspectivas. El espacio se configura como lugar significado y ese proceso de significación le brinda una proyección simbólica” (Maldiney 17).

“DEL *TOPOS* AL *LOGOS*” EN *LA ARAUCANA*

Para enfocar los modos con los que Ercilla utiliza los datos geográficos en los sentidos ya planteados es preciso comenzar por el primer canto, en concreto por el citado verso de su sexta octava, “en la región antártica famosa”, tan acertadamente comentado por Dichy:

“en la región antártica famosa”, evoca todo un mundo de sueños, ya que los mapas de la época solían representar toda la parte austral del globo terrestre como un inmenso continente sin explorar, designado por la mención *terra incognita*, o *terra nondum cognita*. Esta fantasía cosmográfica empezaba justo al sur de la frontera oficial de Chile, identificada con el estrecho de Magallanes, cuya región quedaba por descubrir. (88)

Esa idea de lejanía ya había sido remarcada por Ercilla en el “Prólogo”, cuando explicita la motivación que le lleva a escribir el poema: “Porque la tierra es tan remota y apartada y la postrera que los españoles han pisado por la parte del Perú, que no se puede tener della casi noticia” (69). Es decir, se trataba entonces de “dar noticia” –como hacían las relaciones de sucesos, las cartas de relación o las crónicas de Indias– de unas tierras de las que apenas se tenía información en el mundo occidental, erigiéndose así en uno de los primeros historiadores de Chile. A lo que Dichy añade: “Ahora bien, no hace falta olvidar que también fue uno de sus primeros geógrafos: así, el primer canto de *La Araucana* se inicia con un auténtico mapa literario de la remota provincia donde tuvo lugar lo que se cuenta a continuación” (104).

Con esa triple dimensión, de poeta, historiador y geógrafo, a lo largo de toda la obra Ercilla intensificará la idea, de gran potencialidad poética, de lo remoto y apartado, que será llevada a su máxima expresión en el canto XXXV. Sus versos contienen una parte fundamental del relato de la expedición al sur, en el que las geografías adquieren todo su protagonismo, ligadas a lo ignoto, a lo remoto y al ímpetu épico de alcanzar el conocimiento del todo, que cierra “el círculo inmenso de la tierra”:

Así por mil peligros y derrotas
golfos profundos, mares no sulcados
hasta las partes últimas ignotas
trujo sin descansar tantos soldados,
y por vías estériles remotas
del interés incitador llevados

piensan escudriñar cuanto se encierra
en el círculo inmenso de la tierra. (916)

Los versos que siguen abundan constantemente en esa idea: “de do nadie jamás pasado había” (916), o “veis otro nuevo mundo, que encubierto / los cielos hasta agora le han tenido” (917); botín prometido para los descubridores que de esas tierras habrán de tomar posesión. Con todo, nos situamos en esta visión espacial que adquiere a través de la palabra y el verso el peso de lo fabuloso inserto en el discurso épico. Asimismo, reparemos en que esa visión espacial lógicamente viene dada desde la mirada colonialista, como denota la terminología geográfica del verso que acompaña al anterior, que reza “Chile, fértil provincia y señalada / en la región antártica famosa”. Chile se define pues como una nueva provincia del imperio, fértil y por tanto provechosa económicamente, y destacada desde un punto de vista espacial a través del participio “señalada”, en el mapa de aquella región fabulosa e inhollada (ver Dichy 87-88).

Ese carácter geográfico y espacial de la obra no solo es especialmente visible en el canto sino que se encuentra antes de comenzar el poema, tras el “Prólogo”, en la “Declaración de algunas cosas de esta obra”, cuyo motivo explica Ercilla: “Porque hay en este libro algunas cosas y vocablos que por ser de indios no se dejan bien entender, me pareció declararlas aquí para que fácilmente se entiendan”.⁹ En la relativamente breve lista de vocablos que se definen en esa “Declaración” (en concreto, veintidós), abundan los topónimos que reciben una definición en la que lo fundamental es el “dónde” de los hechos principales del poema, así como la referencia a una serie de rasgos de aquellas tierras que integran lo físico con lo identitario y que son medulares en el poema. Así, la consabida lejanía respecto del mundo conocido en la definición de Angol:

Angol. –Se llama el valle donde los españoles poblaron una ciudad, y le pusieron nombre *Los Confines de Angol*. (10)

En segundo lugar, en la definición de Arauco se subraya el carácter indómito araucano a través del adjetivo que acompaña al nombre mismo del Estado, en procedimiento por el que se atribuye el carácter de sus habitantes al territorio. Este método tendrá en el poema un profundo desarrollo en lo referente a la descripción que Ercilla realiza de los mapuches en conexión indisoluble con los rasgos de la naturaleza en la que habitan:

9. Esta “Declaración” se encuentra en la edición de *La Araucana* de José Toribio Medina (1910). Cito las definiciones compiladas en esta declaración a partir de esta edición.

Arauco (el Estado de). –Es una provincia pequeña de veinte leguas de largo y siete de ancho, poco más o menos, la cual ha sido la más belicosa de todas las Indias; y por esto es llamado el *Estado indómito*. Llámense los indios dél, araucanos, tomando el nombre de la provincia. (10)

Al definir Cautén, aparecen las siempre reiteradas fertilidad y hermosura del Nuevo Mundo, delineando el carácter paradisíaco ligado a la ganancia material que aquellas tierras reeditaban para España en el tiempo de la conquista:

Cautén. –Es un valle hermosísimo y fértil, donde los españoles fundaron la más próspera ciudad que ha habido en aquellas partes, la cual tenía trescientos mil indios casados de servicio; llamáronla la Imperial. (10)

Por último, destaca la definición del nombre que identifica la “provincia” de provincias, Chile, con lo que se señala su magnitud espacial, ligada a una breve reseña histórica. No falta en la definición el dato fundamental, sus límites, sitios en el Estrecho de Magallanes, la frontera austral:

Chile. –Es una provincia grande que contiene en sí otras muchas provincias; nómbrese, Chile por un valle principal llamado así; fue sujeto al Inga rey del Perú, de donde le traían cada año gran suma de oro, por lo cual los españoles tuvieron noticia deste valle; y cuando entraron en la tierra, como iban en demanda del valle de Chile, llamaron Chile a toda la provincia hasta el Estrecho de Magallanes. (10)

Mapocho, Penco, Valdivia, Villarica son el resto de topónimos que aparecen definidos en esta “Declaración” preliminar que revela la importancia de la dimensión espacial, en ningún caso exclusiva del poema de Ercilla, pero sí de gran significación para seguir auscultando la obra a la luz de la mirada geográfica.

“¿Y dónde está el Nuevo Mundo?”, se preguntaba Fuentes (77); cuestión que contiene en sí misma una problemática muy presente en *La Araucana*, de forma muy marcada en ese canto XXXVI que relata la mentada expedición en busca del Estrecho. Precisamente esta fue una de las obsesiones del conquistador, Pedro de Valdivia, en sus *Cartas*, en tanto que encontrar el Estrecho suponía abrir una vía para conectarse directamente con España e independizar la gobernación de Chile del virreinato del Perú.¹⁰ Preguntémonos entonces

10. Un mayor desarrollo de la importancia del Estrecho para la Corona española, en Dichy 98.

¿dónde reside el punto central de dicha problemática? Sin duda, la respuesta está en el imperioso proceso de “de fijar direcciones y sentidos”, explicado por Aínsa en conexión con

la necesidad del ser humano de la existencia de límites: el horizonte acompaña toda percepción de un paisaje [...] El territorio se mide, divide y delimita para mejor controlarlo, a partir de nociones como horizonte, límite, frontera o confín, y el espacio vital se abre a nuevas relaciones de dominio o de transgresión. (27)

En *La Araucana* se refleja la obsesión por controlar ese límite ya descubierto por Magallanes que, sin embargo, como hemos visto, queda anulado cuando las circunstancias de lo vivido desdibujan el dato geográfico preciso. Es así como el paisaje se irá construyendo al paso de los expedicionarios a través de la naturaleza que el texto recorta y crea como tal paisaje. Y en este sentido, resulta idóneo el capítulo de la expedición al sur, ejemplo paradigmático de lo planteado por Aínsa: “Forjar un camino en una naturaleza inédita pone en evidencia, pues, las dificultades que ha encontrado el *logos* para adueñarse literariamente del *topos*” (39). Es así precisamente como el *topos*, es decir, el referente físico que es el Estrecho ya descubierto, desaparece cuando lo vivido impone la pérdida de ese límite finalmente inhallado, en vivencias filtradas y transmutadas por el *logos*. Los versos del canto primero son esclarecedores:

Por falta de pilotos, o encubierta
causa, quizá importante y no sabida,
esta secreta senda descubierta
quedó para nosotros escondida;
ora sea yerro de la altura cierta,
ora que alguna isleta, removida
del tempestuoso mar y viento airado
encallando en la boca, la ha cerrado. (80)

Vemos aquí otro ejemplo de las, a veces, frustradas apropiaciones del espacio, en este caso el límite que la experiencia ha borrado del mapa previsto. Esas fronteras son esenciales para orientarse en la nueva realidad. En definitiva, para no perderse. Y aún así, la realidad impuso el extravío. De hecho, “en la época en la que escribe Ercilla –explica Dichy– a los españoles se les está escapando «este camino», del cual, nombrándolo, habían creído hacerse dueños” (99). La pérdida es explícita en el canto XXV, en el que los accidentes geo-

gráficos serán determinantes para la misma: “Caminamos sin rastro algunos días / de solo el tino por el sol guiados / abriendo pasos y cerradas vías / rematadas en riscos despeñados” (918). Y hacia el final del canto, Ercilla sintetiza: “Siete días perdidos anduvimos” por una impenetrable naturaleza que, al fin, da paso a la visión paradisíaca del archipiélago de Chiloé: “Era un ancho archipiélago, poblado / de innumerables islas deleitosas” (928).

Preciso es destacar los dos primeros versos de la última estrofa citada, en los que se trata de explicar la causa de que aquello que ya estaba descubierto les fuera a ellos escondido: la “falta de pilotos”, es decir, de guías, o una enigmática “encubierta causa” (tal vez importante y desconocida), así como el carácter “secreto” de la “senda descubierta”. En relación con este carácter secreto de los descubrimientos y, por tanto, de los mapas que iban creándose paulatinamente en los acercamientos a la realidad a que aspiraban, Navascués explica:

Recordemos que la Casa de la Contratación de Sevilla, primera institución oficial creada para el conocimiento de los saberes náuticos, puso gran interés en la confección de mapas de los territorios recién descubiertos. Entre sus funciones estaba la de trazar los mapas o cartas de navegación y el conocido como “padrón real”, mapa modelo del Nuevo Mundo donde se iban registrado todos los descubrimientos. La Casa custodiaba la información náutica y la cartografía de manera secreta para evitar que la información cayera en manos de potencias extranjeras. En el siglo XVI, como se ha señalado alguna vez, la elaboración de los mapas era una operación que iba acompañada de un ideario imperial. Manejar una ajustada información cartográfica era un comienzo de apropiación del espacio. (58)

Esclarecida esta cuestión cardinal para comprender la relevancia de los descubrimientos geográficos ligada al poder y el control territorial, continuemos con otros fragmentos fundamentales sobre la dimensión épica que adquiere el dato geográfico en el espacio del poema. Así, la séptima octava del canto I describe la provincia de Chile, a modo de mapa que va adquiriendo contornos y relieves cambiantes a medida que avanzan los versos:

Es Chile norte sur de gran longura
costa del nuevo mar, del Sur llamado,
tendrá del leste a oeste de angostura
cien millas, por lo más ancho tomado;

bajo del polo Antártico en altura
de veinte y siete grados, prolongado
hasta do el mar Océano y chileno
mezclan sus aguas por angosto seno. (79-80)

Los versos dibujan ante los ojos del lector el mapa y por tanto la fisonomía del largo país que es todo “costa” y que se extiende de norte a sur, ese sur al que se confiere todo el protagonismo cuando se lo emplea para dar nombre al “nuevo” mar chileno, que adquiere con él un halo nuevamente fabuloso: el mar del Sur. Pero si esta octava dedicada a la descripción física de Chile es fundamental para la temática abordada, no menos relevancia tiene la relativa a “Arauco” que, tras su aparición en la “Declaración” inicial ya citada, tiene su descripción poética en la duodécima octava del canto I, estableciendo un claro contraste con aquella definición:

Es Arauco, que basta, el cual sujeto
lo más deste gran término tenía
con tanta fama, crédito y concepto,
que de un polo a otro se extendía,
y puso al español en tal aprieto
cual presto se verá en la carta mía;
veinte leguas contienen sus mojones
poséenla diez y seis fuertes varones. (81)

La mitificación de Arauco en estos versos, que comienza con la exaltación de su fama, crédito y concepto, continúa por la descripción superlativa de su extensión física: “lo más deste gran término”, concepto el de “término” que, en referencia a los límites espaciales, se reitera a lo largo de la obra para identificar también lo que queda “fuera de término”.¹¹ Arauco ocupa el espacio máximo (“lo más”) de ese gran “término” de la tierra, significando aquí “parte” que está en los confines. Y de tal expresión superlativa, Ercilla da el paso en el siguiente verso a la dimensión mítica, cuando para reforzar la idea de inmensidad espacial agranda la extensión de Arauco haciéndola llegar “de polo a polo”, y dando lugar así a una verdadera cartografía épica, que contradice la citada descripción primera de Arauco en la “Declaración” inicial: “Provincia

11. Esta locución aparece de forma literal en el verso 46 de la segunda parte en la descripción del lugar que ocupa la cueva del mago Fitón, significando lo que queda apartado, lugar “inhumano / enemigo mortal del trato humano” (638).

pequeña de veinte leguas de largo y siete de ancho”. Todo ello deriva finalmente en un verso que, a través de la metonimia presente en la identificación de la parte –los araucanos– por el todo –Arauco como sujeto de la oración– remacha la grandeza del territorio a través de la de sus propios habitantes: Arauco “puso al español en tal aprieto”. Por último, como señala Dichy, “las cifras que precisan su latitud y extensión recuerdan que se trata de un «punto» geográfico limitado” (101). Y sin embargo:

“Es Arauco, que basta”: ya no hace falta decir más. Ese nombre muy esperado –es el origen del título del poema– *basta* para explicar todo lo que se dijo y se dirá, ya que en él radican la “fama, crédito y concepto” que extienden el poder del Estado “de un polo a otro”, mucho más allá de las veinte leguas que contienen sus mojones. Ese desfase entre el espacio muy restringido ocupado por Arauco y la amplitud de su fama le otorga una dimensión extraordinaria, casi maravillosa. Otra vez, la cartografía épica de Ercilla logra representar lo que queda normalmente fuera del alcance del mapa: el espacio universal del renombre, la fama que va amplificando por su poema a la par que se hace eco de ella. (Dichy 101-02)

Como muestran los versos hasta aquí citados, tanto los relativos al espacio en construcción en el propio texto, como los que revelan la necesidad de fijar límites o los que adensan la idea de espacio vivido,

el poeta se vale de los instrumentos tradicionales de la cartografía para enseñar no solo la geografía física del país, sino también su geografía histórica, política e incluso hipotética. O sea, que el poeta logra integrar a su mapa narrativo, símbolo del dominio cognitivo y concreto sobre el territorio, todos los elementos que revelan los límites de este dominio: la duda y el error, las fuerzas ocultas de la naturaleza, la imprevisibilidad del futuro. (Dichy 102)

Resulta fundamental conectar estas conclusiones de Dichy sobre el canto I con el xxxvi, en el que cobra toda su dimensión la idea de esa geografía histórica e hipotética señalada en estas líneas de su trabajo. En concreto, el pasaje de la expedición al sur que contiene estos versos materializa esa construcción espacial que se desarrolla en el terreno de la hipótesis y que condensa lo que queda fuera del mapa, es decir, la idea de espacio vivido. Así, la geografía física del sur de Chile, traspasada por la historia de los expedicionarios que la recorren, adquiere en la palabra poética una imagen mítica, hecha de sueños y quimeras,

expresadas de forma constante a través de imágenes geográficas para la construcción de estados de ánimo (“¿Qué cerros hay que el interés no allana?”, leemos por ejemplo al comienzo del canto xxxv, 915) en nueva entrega, en suma, del discurso utópico americano: “Íbamos sin cuidar de bastimentos / por cumbres, valles hondos, cordilleras / fabricando en los llanos pensamientos / máquinas levantadas y quimeras” (924). Esta veta onírica del espacio conduce a la transformación del mundo real en un mundo imaginario derivado de los cortes de la realidad con que opera el discurso poético. Los paisajes surgidos de los materiales que aporta la naturaleza son esos cuyas visiones estarán asimismo estrechamente vinculadas con la cuestión identitaria arriba anunciada.

LAS VISIONES DE LA NATURALEZA Y EL DISCURSO IDENTITARIO

La relación entre naturaleza e identidad mapuche en *La Araucana* ha sido estudiada por Beatriz Pastor en su conocido ensayo “Alonso de Ercilla y la emergencia de una conciencia hispanoamericana”, donde planteó la idea según la cual el debatido dualismo en la visión de los araucanos construido por Ercilla (la visión bárbara frente a su integración idealizadora en el modelo renacentista español y en los valores del cristianismo) tiene su paralelo en las visiones de la naturaleza: en ocasiones es una naturaleza inhóspita, descrita en toda su magnificencia y braveza y por tanto desde un punto de vista realista (“americano”, a decir de Pastor), y en otras se trata de una naturaleza idílica, en la que se proyectan todos y cada uno de los rasgos del *locus amoenus* medieval y renacentista, incluyendo así el paisaje americano en el canon literario occidental. De este modo, *La Araucana* venía a congregarse en una misma obra esa dualidad en la que fluctuaban los textos desde las cartas de Colón.

Con respecto a la construcción del paisaje idílico, Pastor realizó un planteamiento que resulta iluminador al enfocarlo como estratégico, en tanto que reparó en que esa idealización se produce cuando a continuación va a presentarse a sus habitantes, los araucanos, desde un punto de vista igualmente idealizador. Lo mismo ocurre cuando se trata de enaltecer la fuerza física de los araucanos que los define como hombres excepcionales en conexión indisoluble con la naturaleza americana, desde el canto I:

En fin, el hado y clima desta tierra,
si su estrella y pronósticos se miran,
es contienda, furor, discordia, guerra
y a solo esto los ánimos aspiran. [...]

Son de gestos robustos, desbarbados,
 bien formados los cuerpos y crecidos,
 espaldas grandes, pechos levantados,
 recios miembros, de nervios bien fornidos;
 ágiles, desenvueltos, alentados,
 animosos, valientes, atrevidos,
 duros en el trabajo y sufridores
 de fríos mortales, hambres y calores. (93)

Por tanto, y siguiendo a Pastor, es un ser humano diferente, poseedor además de valores morales, como el ansia de libertad e independencia: “No ha habido rey jamás que sujetase / esta soberbia gente libertada, / ni extranjera nación que se jatase / de haber dado en sus términos pisada [...]. / Siempre fue esenta, indómita, temida, / de leyes libre y de cerviz erguida” (94). La fusión de lo geográfico con el mito revelaría una estrategia que a la postre sería el modo idóneo para lograr cancelar la connotación de barbarie asociada en la época a lo americano, así como para restablecer la humanidad del indígena. Se trataría pues de integrar lo no europeo y lo que la tierra, literalmente, produce (“la gente que produce es tan granada, / tan soberbia, gallarda y belicosa, / que no ha sido por rey jamás regida / ni a extranjero dominio sometida”, 79), en los límites ideológicos de la civilización europea. Obviamente el hecho de convertir a los araucanos en mito significaba elevar a unos grandes contrincantes, dignos y fuertes enemigos de los españoles que, a la postre, saldrían también enaltecidos por ello como héroes de una nueva gesta heroica:

Pues en este distrito demarcado
 donde su grandeza es manifiesta,
 está a treinta y seis grados el Estado
 que tanta sangre ajena y propia cuesta;
 este es el fiero pueblo no domado
 que tuvo a Chile en tal estrecho puesta,
 y aquel que por valor y pura guerra
 hace en torno temblar toda la tierra. (81)

Nuevamente el verbo “demarcar” reaparece, abundando en la lógica topográfica del límite territorial. También la insistencia en la latitud exacta es muestra de la continua vocación geográfica que atraviesa el poema, en un verso en

el que Arauco vuelve a identificarse como “el Estado”, asumiendo con ello una entidad política que el poeta quiere visibilizar como tal, en su perpetuo ejercicio encomiástico del digno enemigo. Es más, en el canto XXXIII, que contiene el apresamiento de Caupolicán, tal exaltación de Arauco es llevada a su máxima potencia cuando aparece calificado como imperio, en unos versos en los que Ercilla realiza la audaz inversión de la idea de conquista –desde América hacia Europa– para conseguir la buscada equivalencia entre los contrincantes de la guerra de la Araucanía. El discurso aparece en palabras de Fresia a Caupolicán: “¿Eres tú el capitán que prometías / de conquistar en breve las Españas / y someter el ártico hemisferio / al yugo y ley del araucano imperio?” (891).

Regresando a la estrofa precedente, el tono admirativo de los últimos versos intensifica asimismo la fusión de la tierra y sus habitantes, es decir, la vinculación de la tierra –y sus temblores– con la braveza de su pueblo, tal y como ya se ha destacado con anterioridad:

Es como si el territorio estuviera manifestando su independencia irreductible, tanto respecto al cartógrafo como respecto al soldado conquistador [...] el verdadero antagonista de los españoles, en *La Araucana*, no es el pueblo araucano; es Chile mismo, o, mejor dicho, “es Arauco, que basta”. (Dichy 102)

Así es Arauco en el canto XXXV, en el que el relato de la pérdida de los expedicionarios por el sur de Chile se produce en medio de una naturaleza impenetrable que ha adquirido estatura humana, cuando explícitamente se la hace aparecer como el mayor enemigo, capaz de reemplazar ejércitos, en explicaciones que dan pie al dato climatológico: “que cuando no encontréis gente de guerra / que os ponga en el pasaje impedimento, / hallaréis una sierra y otra sierra, / y una espesura y otra y otras ciento” (920). Más adelante en el canto se insiste en esta idea expresada con tintes agigantados:

Nunca con tanto estorbo a los humanos
quiso impedir el paso la natura
y que así de los cielos soberanos,
los árboles midiesen el altura,
ni entre tantos peñascos y pantanos
mezcló tanta maleza y espesura,
como en este camino defendido,
de zarzas, breñas y árboles tejido. (925)

Concluamos conectando la idea de Pastor con el planteamiento de Carmen de Mora por el cual se establece un vínculo revelador entre *La Florida* del Inca Garcilaso y *La Araucana*. Su análisis sobre las “amplificaciones” de *La Florida* “demuestra que el Inca estaba muy familiarizado con los procedimientos de la epopeya”, y visualiza los vínculos de *La Florida* con las obras épicas de Matteo Maria Boiardo, Ludovico Ariosto y Ludovico Dolce, si bien “la obra más próxima a *La Florida del Inca* sobre todo por el tema, los enfrentamientos entre indios y españoles durante la Conquista, y el escenario americano es *La Araucana* de Ercilla” (s./p.). Desde esta constatación, De Mora testimonia, con una serie de ejemplos, “algunos de los procedimientos amplificativos más recurrentes en *La Florida* (parallelismos, simetrías, repeticiones y antítesis)” y comprueba “cómo el tratamiento particular de la dualidad o disyunción exclusiva, propia del discurso épico, constituye su principal soporte estructural”. A lo que añade una cuestión fundamental para la explicación sobre la naturaleza en *La Araucana*:

Pero es importante distinguir que en unos casos la dualidad concierne a aspectos meramente retóricos y constructivos, relativos a la sintaxis narrativa (la *dispositio*), y en otros hay que añadir un componente moral e ideológico. Es en estos últimos donde, más allá de la simple retórica, interviene el discurso mestizo del Inca que, al juicio negativo de los europeos sobre la incapacidad y falta de entendimiento de los indios, le contrapone la elocuencia de sus discursos, la ejemplaridad (en el caso del cacique Mucoso, por ejemplo) y la valentía de sus hazañas, en un esfuerzo por equilibrar la visión sobre conquistadores y vencidos.

Exactamente lo mismo ocurre en el poema de Ercilla, no en cuanto a una imposible intervención del discurso mestizo, sino en lo que atañe al componente ideológico que le hará fluctuar en esa dualidad, de raigambre asimismo retórica, pero a la postre de trasfondo moral. De hecho, Ercilla hace explícita esa conciencia de la contradicción esencial de su poema en el siguiente y último canto, el xxxvii: “Algún curioso / dirá que aquí y allí me contradigo” (958; ver Pierce).

Partiendo de esta problemática de calado moral, Ercilla desarrolla el citado mecanismo de la dualidad propio de la épica, tan marcado en las visiones sobre la geografía y la naturaleza en *La Araucana* como lo está en *La Florida del Inca*. De modo que a lo apuntado por Pastor sobre la funcionalidad de las dos visiones de la naturaleza que servirían para mostrar la perspectiva americana o para integrar lo americano en lo europeo, es necesario añadir la pers-

pectiva del estudio de Carmen de Mora, que plantea lo que sería asimismo la puesta en práctica, para tal dualidad, del mecanismo retórico y constructivo propio de la épica. Desde mi punto de vista, ambas perspectivas se solapan en un ejercicio en el que la retórica funciona en la base misma de la profunda contradicción que afecta al lado moral de *La Araucana* y de su autor.

EL ÍNDICE GEOGRÁFICO DE *LA ARAUCANA*

El aludido tomo *Vida de Ercilla* (1916) de la Edición del Centenario de José Toribio Medina contiene al final cuatro páginas de este libro de gran formato bajo el título de “Índice geográfico de *La Araucana*” (309-12). Su análisis es tremendamente revelador de la conocida dimensión viajera de Ercilla, pero también de la voluntad que tuvo de dejar constancia en su obra de una geografía que, siendo prioritariamente la americana y chilena, es al tiempo una geografía planetaria. Con ella, Ercilla proyectaba en su obra “la visión mapamundi” característica de la épica (ver Marrero-Fente 26), pero no solo cumplía con la preceptiva del género sino que lograba, a través de esa visión planetaria, reforzar la construcción integradora de Chile en el mapa histórico universal.

Así por ejemplo, al comienzo del Índice leemos los siguientes topónimos bajo la letra A: Acaca, África, Albania, Alejandría, Alemania, Ancud, Andalicán...; más adelante: Arauco, Aranjuez, Argel...; en la CH: Chile, China, Chipre; en la E: Elicura, Escocia, España, Éufrates, Europa; en la I: Iberia, India, Inglaterra, Irlanda, Italia; en la P: Padua, Paflagonia, Paíta, Palestina, Pamploña, etc. Esta breve muestra es suficientemente significativa para visualizar la intencionalidad de insertar la geografía mundial en *La Araucana*, que refleja también la experiencia de Ercilla como gran viajero, perfilada por Medina:

Los conocimientos de Ercilla no debemos buscarlos en el orden científico o literario. Acaso fue un beneficio para su obra esa falta de educación clásica [...] ellos hemos de encontrarlos en el resultado que para el cultivo de su espíritu le produjeron los viajes, tenidos entonces por tan dilatados, que su encomiador Mosquera de Figueroa los anteponía a los de Alejandro el Grande y Magallanes y al de Juan Sebastián Elcano, que había con él dado la vuelta al mundo. (14)

Palabras que no son sino la corroboración de los propios versos en los que Ercilla, en los últimos años de su vida, recordaba en *La Araucana* su vida de viajero:

¡Cuántas tierras corrí, cuántas naciones
 hacia el helado norte atravesando,
 y en las bajas antárticas regiones
 el antípoda ignoto conquistado;
 climas pasé, mudé constelaciones,
 golfos innavegables navegando,
 extendiendo, señor, vuestra corona
 hasta la casi austral frígida zona! (970)

Sobre las tierras chilenas ofrece Ercilla extensas y pormenorizadas descripciones, comenzando por la ubicación en el planeta, para la que toma como punto de referencia Europa, y siguiendo a lo largo de la obra por golfos, mares, islas, cordilleras, países...:

Menguan allí las aguas, crece el día
 al revés de la Europa, porque es cuando
 el Sol del Equinocio se desvía
 y al Capricornio más se va acercando.
 Pues desde allí las naves, que a porfía
 corren, al mar y al Austro contrastando,
 de Bóreas ayudadas luego fueron,
 y en el puerto de coquimbico surgieron. (449-50)

Esa geografía planetaria tiene su máximo desarrollo en el canto XXVII, en el que prosigue el discurso del mago Fitón, quien traza aquí el mapamundi que se sintetiza en el asunto del canto: “En este Canto se pone la descripción de muchas provincias, montes, ciudades famosas por natura y por guerras” (735). El recorrido de esta descripción evoluciona de Oriente a Occidente. Comienza por Asia y sus principales ciudades, pasa por puntos geográficos centrales como “Nazarén” y Jerusalén, por todo el Mediterráneo (haciendo referencia al relato del Éxodo), por Persia, la India, comarcas como Drangiana y Gedrosía (descritas por Plinio en el libro VI de *Naturalis Historia*), la mítica Catay, la China, las islas del Maluco y “la apartada Trapobana famosa, antiguamente / término y fin postrero del Oriente” (739) (la actual Sri Lanka, que aparece con sus nombres antiguos en Plinio y Ovidio). Entre las ciudades y comarcas cobran protagonismo los mares, como el Mar Negro, en descripción geográfica: “que su lunada tierra en parte angosta / toma del mar Mayor toda la costa” (739). Asimismo, los ríos aparecen rodeando los territorios nacionales, como “el Cirro caudaloso / que la Iberia y Albania así rodea”, así

como las montañas que las vigilan: “el alto monte Cáucaso fragoso, / que su cumbre gran tierra señorea” (740) y las islas dan pie a la aparición del mito o de fragmentos de la historia. Así, la geografía física se vincula constantemente con la mitología dando lugar a esa geografía poética que nos ocupa: “por la isla nombrada de Medea, / adonde el trabajado Jasón vino / en busca del dorado vellocino” (740). Armenia y su historia, el Tigris y el Éufrates, “que poniendo / punto a Mesopotamia, en compañía / hasta el golfo de Persia va corriendo / dejando a un lado a Egipto y a Suría” (740), es decir, Siria, ocupan parte del canto.

Este viaje por la geografía va haciendo surgir personajes míticos o destacados de la historia como Alejandro Magno, el famoso emperador de Etiopía el Preste Juan de las Indias, Carlos V y Francisco I de Francia, de modo que el mapa se va trazando con referencias a sus ciudades y sus protagonistas históricos, a su naturaleza pormenorizadamente descrita, incluyendo accidentes geológicos como también su flora (así Gogia y “sus montes levantados” “y abajo peñascales y aspereza / que forman un gran muelle, rodeados / de breñales espesos y maleza”, 741) y fauna (“morada de osos, puercos y leones, / tigres, panteras, grifos y dragones”, 742). El Nilo tendrá una parada importante, así como el Cayro, Túnez, Córcega, Sicilia, Cerdeña, Nápoles, Roma, Florencia, Alejandría, Génova y una serie de países y ciudades europeas que nos conducen hasta el norte de Moscovia y a Groenlandia. Este camino desemboca lógicamente en España, comenzando por Vizcaya, y siguiendo por Burgos, Logroño y Pamplona y todas las ciudades más importantes hasta llegar a las del sur. Cobran especial protagonismo Valladolid, Madrid, Sevilla, Cádiz, en versos en los que aparecen capítulos históricos como el de San Quintín, y figuras como las de Felipe II o Fernando el Católico, con quien llegamos, por este mapamundi histórico y mitológico, al momento del “descubrimiento”: “Mas Fernando católico glorioso / los mojonados términos rompiendo, / del ancho y Nuevo Mundo abrió la vía, / porque en un mundo solo no cabía” (751).

A partir de aquí, los versos nos conducen hacia América pasando por las islas Canarias. El recorrido americano comienza por las islas del Caribe hasta llegar a la Nueva España, con Colón y Cortés como héroes protagonistas. A este último atribuye Ercilla el haber ensanchado “los límites de España y la corona” (750). México será delineado a continuación en la fisonomía geográfica que dibuja su mapa: “la poblada y montuosa / tierra, que en punta prolongarse viene, / que los dos anchos mares por los lados / la van adelgazando los costados” (751). Sigue después el camino hacia el sur, pasando por Panamá y sus

“estrechos términos”, Capira (Colombia) y Cartagena, el cabo de la Vela “hasta el lago y ciudad de Venezuela” (751). Bogotá, Cali, Popayán, Quito son topónimos que van surgiendo en el recorrido que va fijando el mapa de los dominios hispanos, hasta Guayaquil, en versos en los que los conocimientos geográficos y climatológicos son utilizados en aras de la mitificación de la naturaleza americana:

Vees Guayaquil, que abunda de madera
por sus espesos montes y sombríos:
Túmbez, Paita y su puerto, que es primera
escala donde surgen los navíos:
Piura, Loja, la Zarza, y Cordillera
de do nacen y bajan tantos ríos
que riegan bien dos mil millas de suelo
donde jamás cayó lluvia del cielo. (752)

Como se aprecia, estas referencias geográficas y climatológicas adquieren el tono superlativo propio de las crónicas, rozando lo fantástico en los versos precedentes, ante el contraste, inexplicado, entre la ausencia de lluvia y los abundantes y caudalosos ríos. También destacan las relativas a accidentes geográficos del Perú:

Mira los grandes montes y altas sierras
bajo la Zona Tórrida nevadas. (752)

Y a Guánuco, Guamanga y el templado
terreno de Arequipa, y los mojones
del Cuzco, antiguo pueblo y señalado
asiento de los Ingas y orejones.
Mira, el solsticio y trópico pasado,
del austral Capricornio las regiones
de varias gentes bárbaras extrañas,
los ríos, lagunas, valles y montañas. (753)

Montes, sierras, ciudades insignes, situadas en las regiones del “austral capricornio”, lagunas, valles, montañas, van configurando un conjunto de imágenes que, como es especialmente visible en estos versos, fluctúa entre los términos del clásico tópico “civilización y barbarie”, estando la una en las ciudades y la otra identificada con lo prehispánico: las “gentes bárbaras”, adjetivadas de “extrañas”.

Chuquiabo y Potosí, a continuación, aparecen en versos en los que la idea de la “marca” –verdadero eje vertebrador de la dimensión geográfica de la obra– surge ahora perpetrada en la tierra:

Mira allá a Chuquiabo, que metido
 está a un lado la tierra al sur marcada.
 Y adelante el riquísimo y crecido
 cerro de Potosí, que de cendrada
 plata de ley y de valor subido
 tiene la tierra envuelta y amasada. (753)

La mítica riqueza de Potosí contrasta con la esterilidad de Atacama a continuación: “y a la diestra la costa y despoblados / do no hay ave, animal, yerba ni rama”.

Los ríos chilenos (el Maule, el BíoBío) van apareciendo en las siguientes estrofas junto a ciudades, algunas de las cuales van unidas a la imagen de la naturaleza en la que se integran: Penco, Cañete, la Imperial, Villa Rica “y el volcán fogoso”, Valdivia, Osorno y su lago, Chiloé y por fin, el estrecho de Magallanes nuevamente; un recuento que lleva el discurso de Fitón otra vez al lugar inhollado que permanecía encubierto, y a la reflexión final que cierra el mapa. Esta muestra la relevancia que Ercilla otorga a la geografía de escala planetaria que hace concluir en ese “término” –Chile–, espacio geográfico desde el cual se podrá acceder, finalmente, al conocimiento del mundo, adquiriendo así la grandeza que le otorga su ubicación: “Y como vees en forma verdadera / de la tierra la gran circunferencia, / pudieras entender, si tiempo hubiera, / de los celestes cuerpos la excelencia, / la máquina y concierto de la esfera” (755).

Por último, regresemos, para cerrar el “índice geográfico” en relación con lo hasta aquí argumentado, al canto XV, en el que el catálogo geográfico tiene una parada en Copiapó, “valle primero / del distrito de Chile verdadero”:

Allí con libertad soplan los vientos,
 de sus cavernas cóncavas saliendo,
 y furiosos, indómitos, violentos,
 todo aquel ancho mar van discurriendo,
 rompiendo la prisión y mandamientos
 de Eolo, su rey, el cual temiendo
 que el mundo no arruinen, los encierra
 echándoles encima una gran sierra. (448-49)

En estos versos vemos aparecer lo indómito de la naturaleza americana, que Ercilla liga a la libertad del pueblo araucano siempre en simbiosis perfecta y apuntando por tanto a la idea de una geografía humanizada. Esta compleja operación, que funciona como mecanismo retórico propio de la épica en aras del objetivo mitificador señalado por Pastor, queda irresuelta sin embargo en la dimensión moral y ética, en tanto que lo moral emerge de la constatación de la expresada contradicción de Ercilla en la representación de lo americano. Es precisamente este el principal interés de *La Araucana*: la abierta expresión de los “contrarios” en la que se debate el hombre y poeta Ercilla en el gran poema épico de la conquista de América.

CONCLUSIONES

Toda esta complejidad conduce a varias reflexiones finales. La primera atañe a la antes aludida “disyunción exclusiva” propia del discurso épico, cuya base explicativa se desarrolla asimismo a través del eje geográfico. Recordemos que Bajtín planteó la distinción entre épica y novela (449-85) y la explicó desde la dicotomía entre la naturaleza estática, maniquea y encorsetada de la primera (que se inscribe en los parámetros de lo nacionalista, militar y religioso, con héroes y villanos inamovibles en su caracterización que determinan una evolución argumental previsible), y el carácter esencialmente mutante del argumento novelístico, que se desarrolla en las coordenadas de lo imprevisible, de modo que cualquier personaje o acontecimiento tiene la capacidad constante de transformarse. Esta distinción entre épica y novela nos aboca a preguntarnos, una vez más, por la ubicación de *La Araucana* en los parámetros del género, la épica.

La respuesta pasa necesariamente por la complejidad del proceso de la conquista, que abre la perspectiva de un mundo en construcción caracterizado por la mutabilidad constante, representada en una cartografía necesariamente cambiante al ritmo de la historia descubridora. Pero también requiere tener en cuenta un factor determinante para esa cualidad permutable que caracteriza *La Araucana*: la personalidad moral del narrador Ercilla. Asentada en los pilares del humanismo cristiano, dicha personalidad determina que la “disyunción exclusiva” propia de la épica no se cumpla en el gran poema épico de la conquista de América en lo referente a la visión fluctuante con la que se caracteriza a los araucanos y a los españoles. Es decir, determina que el héroe no sea siempre héroe ni el villano sea siempre villano, y que Ercilla pueda escribir al final del penúltimo canto (el XXXVI): “¿Cómo me he divertido y voy aprieta / del camino primero desviado? / ¿Por qué así me olvidé de la prome-

sa / y discurso de Arauco comenzado?” (947). Interrogantes que ya habían aparecido con anterioridad como conflicto interno constante del autor, como en la última estrofa del canto XXXI: “hago y cumplo muy mal lo prometido” (838). Esa promesa había quedado cifrada en la primera octava del poema: “No las damas, amor, no gentilezas / de caballeros canto enamorados / [...] mas el valor, los hechos, las proezas / de aquellos españoles esforzados / que a la cerviz de Arauco no domada / pusieron duro yugo por la espada” (79). Así, del canto prometido, al llanto final (ver Triviños) la historia épica que debiera ser previsible se modifica, permuta, se transforma.

En el desarrollo de este trabajo hemos podido constatar cómo en *La Araucana* esta capacidad de modificación, no solo de los personajes sino del argumento, tiene en su base la constante transformación que los espacios van imponiendo en el proceso de su propio descubrimiento, configurándose sobre la dimensión de la incertidumbre consubstancial al proceso de la conquista. El resultado es una obra en la que la poética del espacio va entretejiendo el “vivero de imágenes” que dijera Lezama; efectivamente, imágenes vivas, que despojan a los espacios de sus sentidos meramente físicos para llevarlos a las coordenadas de los estados del ánimo. Ercilla los protagoniza como autor y como actor cambiante que fluctúa entre el discurso pretendidamente realista y el discurso utópico generador del mundo de la ensoñación, así como entre el discurso imperial de la conquista y la conmiseración con el enemigo derrotado, que impone el cuestionamiento de los modos con que esa conquista se materializó en la Araucanía.

En suma, *La Araucana* fundó una geografía mítica y poética, que integraba un espacio y un tiempo histórico que le tocó vivir. De esa integración surge la construcción identitaria no solo relativa a Arauco sino, por extensión, a la “provincia de provincias” que es Chile en la obra. Los planteamientos espaciales, al tiempo ideológicos y morales, nos conducen finalmente al carácter fundacional de la nación asignado a *La Araucana*. Este surge asimismo de la inserción de Chile en la geografía universal, que Medina visualizó con la creación del “índice geográfico” del poema. Por último, en los años en que se celebraba el centenario de la república independiente, el lector de la época del bibliógrafo chileno podía ver, condensados en cuatro páginas, los más diversos lugares del planeta que Ercilla nombró en *La Araucana*, de modo que Chile, “en la región antártica famosa”, hacía su gran aparición en la geografía planetaria que el índice bosqueja. La *terra nondum cognita* se insertaba en la obra de Ercilla en el mapamundi y, en el transcurso de los siglos, los chilenos erigirían *La Araucana* como la obra con la que Chile ingresaba en la historia universal.

OBRAS CITADAS

- Aínsa, Fernando. *Del topos al logos: propuestas de geopoética*. Madrid: Iberoamericana/Frankfurt am Main: Vervuert, 2006.
- Bachelard, Gaston. *La poética del espacio*. México: FCE, 1965.
- Bajtín, Mijail. *Teoría y estética de la novela*. 1975. Madrid: Taurus, 1989.
- Bénat-Tachot, Louise. “Ecriture de l’espace, écriture de l’histoire: Mondes ibériques XVI^e-XIX^e siècles. Introduction”. *E-Spania* 14 (diciembre 2012). 15 de noviembre de 2018. <<http://e-spania.revues.org/21828?lang=es>>.
- Dichy, Sara. “El primer Canto de *La Araucana*: una cartografía épica de Chile”. *Criticón* 115 (2012): 85-104. 15 de noviembre de 2018. <<https://criticon.revues.org/103>>.
- Ercilla, Alonso de. *La Araucana*, ilustrada con grabados, documentos, notas históricas y bibliográficas y una biografía del autor. Edición del Centenario de José Toribio Medina. Santiago de Chile: Imprenta Elzeviriana, 1910.
- Ercilla, Alonso de. *La Araucana*. Ed. Isaías Lerner. Madrid: Cátedra, 2002.
- Fuentes, Carlos. “Premio de literatura en lengua castellana «Miguel de Cervantes» (1987)”. Barcelona: Anthropos, 1988.
- Maldiney, Henri. “Topos-Logos-Aisthèsis”. *Le Sens du lieu*. Bruxelles: Ousia, 1996.
- Marrero-Fente, Raúl. *Poesía épica colonial del siglo XVI*. Madrid: Iberoamericana/Frankfurt am Main: Vervuert, 2017.
- Medina, José Toribio. “El viaje de Ercilla al estrecho de Magallanes”. *Revista Chilena de Historia y Geografía* 6 (1913): 343-95.
- Medina, José Toribio. *Vida de Ercilla*. Santiago de Chile: Imprenta Elzeviriana, 1916.
- Mora, Carmen de. “La dualidad en los episodios amplificativos de *La Florida del Inca*”. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2009. 15 de noviembre de 2018. <<http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/la-dualidad-en-los-episodios-amplificativos-de-la-florida-del-inca-0/html/>>.
- Morínigo, Marcos A. “Sobre la composición de *La Araucana*”. Juan de Ercilla. *La Araucana*. Ed. Marcos A. Morínigo. Madrid: Castalia, 1983.
- Navascués, Javier de. “Alteridad o mimesis del pirata en la épica colonial”. *Hipogrifo* 4.1 (2016): 43-63.
- Neruda, Pablo, y otros. *Don Alonso de Ercilla: inventor de Chile*. Barcelona: Editorial Pomaire, 1971.

- Olcina Cantos, Jorge. “Aguas, montañas y cielos en la obra de Raúl Zurita”. *Raúl Zurita: alegoría de la desolación y la esperanza*. Eds. Carmen Alemany, Eva Valero y Víctor Sanchís. Madrid: Visor, 2016. 337-59.
- Olcina Cantos, Jorge, y Eva Valero. *Geografía y paisaje en la literatura hispano-americana y española*. Alicante: Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2016.
- Pastor, Beatriz. “Alonso de Ercilla y la emergencia de una conciencia hispanoamericana”. *Discurso narrativo de la conquista de América*. La Habana: Casa de las Américas, 1983. 451-570.
- Pera, Mario. “El canto más blanco: una conversación con Raúl Zurita”. *Vallejo & Co*. 5 de noviembre de 2013. 31 de enero de 2019. <<http://www.vallejoandcompany.com/el-canto-mas-blanco-una-conversacion-con-raul-zurita>>.
- Pierce, Frank. *Alonso de Ercilla y Zúñiga*. Amsterdam: Rodopi, 1984.
- Triviños, Gilberto. “Revisitando la literatura chilena: «Sigue diciendo: cayeron / Di más: volverán mañana»”. *Atenea* 487 (2003): 113-33. 15 de noviembre de 2018. <http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0718-04622003048700009>.
- Valero Juan, Eva. *Ercilla y La Araucana en dos tiempos: del Siglo de Oro a la posteridad*. Sevilla: Renacimiento, 2016.